CAPÍTULO 1

Sancho toma la curva y ve por primera vez el cartel que anuncia el límite de Villanúñez. El vencejo se remueve en la vieja jaula, sobre el asiento del copiloto. Reduce la velocidad y echa un vistazo al animal, que se refugia en el fondo de plástico rojo de la pajarera. Era de noche aún cuando salieron de Madrid, pero ahora el sol intenso de finales de septiembre se cuela por el parabrisas e ilumina, al final de la carretera, los tejados y la torre afilada de una iglesia. El pueblo parece una isla en medio de campos ondulantes como mosaicos, un tablero de ajedrez de cuadrículas pardas y doradas. El sudor le baja a gotas por la espalda. Abre la ventanilla para que entre un poco de aire, pero en mitad de ese páramo todavía resiste el calor pegajoso del verano. Los rayos forman charcas imaginarias en la carretera, espejismos que desaparecen cuando se acerca con su vehículo, un Renault 21 blanco con las cicatrices propias de un coche de ciudad.

Mete segunda y enfila un puente estrecho de hormigón. Lo cruza despacio. A ambos lados ve un riachuelo sin apenas caudal, sembrado de juncos raquíticos y chopos que ya han empezado a amarillear. Un olor húmedo

se cuela por el cristal abierto y se mezcla con la peste a cerdo de alguna granja cercana. Sube la ventanilla con la esperanza de que no huela así todo el pueblo. Frena ante la señal de *stop*, al final del parapeto, y se queda un segundo allí, con la mano sobre la palanca de cambios. Puede meter primera y atravesar esa especie de barrera invisible que le parece vislumbrar al final del puente o puede dar marcha atrás, coger la carretera por la que ha venido y regresar a Madrid. A su vida. No ve ni un alma en la calle empedrada que se abre frente a él, llena de plátanos y casas bajas de adobe. Nadie en las ventanas ni en las aceras. Una caja de la mudanza vibra sobre el asiento trasero del coche, con el ritmo del motor, y produce un ruido metálico que sabe de sobra de dónde procede. Pisa el embrague y acelera. El Renault 21 absorbe los cantos del suelo como si fuese una esponja. La jaula rebota contra el salpicadero y el vencejo revolotea, asustado. Introduce un dedo entre los barrotes para tranquilizarlo.

—Ya llegamos.

La calle se estrecha y los árboles dan paso a unos viejos soportales de madera, que soportan el peso de unas bonitas casas con balcones castellanos. Entre los faroles de hierro que cuelgan de los pórticos, ve los carteles antiguos de una panadería y una tienda de ultramarinos, uno frente al otro. Aparca junto a la acera y busca en el bolsillo del vaquero el papel donde ha anotado la dirección de su nueva casa. Plaza Mayor, 5. Deja la jaula del pájaro sobre la alfombrilla y sale del coche. El cielo había amanecido claro en el viaje desde Madrid, pero ahora tiene ese tono blanquecino de los días de bochorno que amenazan con acabar en tormenta. Al menos la peste a cerdo se ha quedado a la entrada del pueblo. Se mete entre las columnas de madera y agradece la brisa fresca que hace tintinear la cortina de abalorios de la panadería. Supone que para

proteger el local de las moscas. Al entrar, un intenso olor a anís le golpea en algún rincón turbio de su memoria. Se queda quieto, con los dedos sobre la jamba, hasta que una voz le devuelve al momento exacto en que ha cruzado la primera puerta de Villanúñez.

—Buenos días, ¿desea algo?

Una mujer se apoya tras el mostrador, al lado derecho de la tienda. Lleva una bata blanca y tiene restos de harina en el flequillo. Es más joven que él, unos cuantos años, aunque las gafas de carey que lleva casi en la punta de la nariz le hacen parecer una señora mayor, de las que se sientan en la primera fila de misa. Sus ojos oscuros le miran sin un pestañeo. Se sacude la ruidosa cortina y da un par de pasos hacia ella. Es un local pequeño, con azulejos en el suelo y las paredes cubiertas por estanterías llenas de barras, panes y dulces. El olor a anís se le mete en la boca.

—Buenos días. ¿Sabe cómo llegar a la Plaza Mayor?

La panadera arruga la nariz y se sube las gafas con un dedo para observarlo de arriba a abajo, esta vez desde detrás de los cristales. Se siente como atravesado por un rayo láser, uno de esos que salen en las películas de ciencia ficción. Lo nota descender desde su pelo largo y canoso hasta las puntas de las botas *cowboy*, que asoman bajo la campana de los vaqueros. Carraspea y se coloca los cuellos de la camisa, incómodo.

—Hace un día caluroso, ¿verdad? Pensaba que por estas fechas en la meseta haría más fresco, pero veo que aún pega.

—No me extraña que tenga calor, con ese pelo tan largo. Estará usted *asao*. La plaza está al final de la calle, a la derecha. Y la casa que busca, frente al ayuntamiento, encima de la taberna. Supongo que es usted el nuevo maestro.

—Sí, muchas gracias.

—¿Quiere alguna cosa?

Se rasca las patillas, nervioso. No pensaba comprar nada, pero no le vendría mal empezar con buen pie, por muy descarada que le parezca la panadera. Desvía la mirada hacia el mostrador. Bajo el cristal, hay tres bandejas de roscas del tamaño de posavasos, cubiertas de azúcar en polvo.

—Estas rosquillas tienen una pinta estupenda. ¿Son típicas del pueblo?

—Claro, las rosquillas por la Virgen del Caño y los abisinios por san Martín. Están buenísimas. Llévese alguna, que de esto no tienen en Madrid. ¿Cuántas le pongo? ¿Una docena? Su mujer y sus hijos vendrán hambrientos de tanta carretera.

—Me vale con tres o cuatro. Son solo para mí.

La panadera borra la mueca teatral de dependienta y lo observa de nuevo. Sancho ve como las espantosas gafas de carey se mueven hacia el escaparate. Sigue la mirada de la mujer y se topa con su coche, vacío. Ni siquiera se vislumbra la jaula del vencejo. Se frota de nuevo las patillas, por donde empieza a notar las gotas de sudor. Se imagina que dentro del vehículo hará un calor horrible. Está a punto de rechazar la compra, pero la mujer se mete bajo el cristal del mostrador y le entrega con un gesto brusco un diminuto paquete que desprende el intenso olor a anís.

—Son cien pesetas.

Saca una moneda del bolsillo, la deja sobre el expositor y se despide con una sonrisa. La mujer no se inmuta, igual de seca y tiesa que una escoba. Regresa al Renault y deja la bolsa sobre el salpicadero. Sube la jaula de nuevo al asiento del copiloto y abre las ventanillas. El vencejo mueve la diminuta cabeza de un lado a otro, como si olfatease, hasta que sus ojillos negros encuentran el paquete. Suelta un graznido.

—¿Tú también te acuerdas de ella?

Se vuelve hacia la parte trasera del coche. La caja sigue allí, amarrada con los cinturones. Arranca y enfila la calle. Antes de girar hacia la plaza, ve por el retrovisor a la panadera, que sale de los soportales y se mete en la tienda de ultramarinos que hay enfrente. No cree que vaya a pedirle cambio. Conduce varios metros más, hasta que la calle se abre al fin a una plaza porticada con varios niveles. Frena para contemplarla bien. Es vieja, pero muy hermosa, con ese aire de elegancia decadente que ya ha visto en otros pueblos castellanos. En el centro, entre varias hileras de setos y plátanos, el agua mana de una fuente de granito. Un grupo de gorriones se alivia el calor entre los chorros. Conduce sobre el suelo empedrado despacio, sin apartar la vista de las columnas de madera, altas como las patas de un muelle. Sostienen casas de dos alturas, con balcones y fachadas de color huevo, algunas más descuidadas que otras, pero todas iguales. Todas excepto una que hace esquina y el edificio de enfrente, una mole de ladrillo que ocupa un lado entero de la plaza. Se sostiene sobre una arcada de piedra y tiene en el tejado una curiosa torre circular. Las banderas que ondean en la primera planta no dejan lugar a dudas: el ayuntamiento. Pero no ve ningún bar. Dos niños pasan junto al coche con unas raquetas en la mano. Se asoma por la ventanilla y los llama con un gesto.

—Bonitas raquetas, ¿jugáis mucho al tenis por aquí?

—No son para jugar, vamos a cazar pegas —dice uno de los muchachos.

—¿El qué?

—Urracas. O pardales, lo que se deje. ¿Es usted cantante? Se parece a esos que salen en la tele.

—No, soy Sancho. ¿Vais al colegio del pueblo?

—Sí.

—Pues el lunes nos vemos en clase. ¿No sabréis si hay un bar por aquí?

El chaval que había estado en silencio señala con la raqueta un soportal, bajo la fachada de la única casa diferente de la plaza. Ve un cartel: «Taberna La Milana». Al lado, medio en sombras, hay un grueso portalón con un número cinco pintado en negro. Los críos se despiden y corren hacia la fuente a espantar a los pobres gorriones. Sancho pone la mano sobre la jaula del vencejo, como si temiese una reacción del animal, pero el pájaro sigue con la vista fija en el paquete. Se mira en el espejo retrovisor y recorre con un dedo el borde de las patillas, que le llegan desde la mandíbula hasta las sienes. Tiene los mechones entrecanos algo revueltos, y tan largos que casi rozan las hombreras de la camisa. «Un cantante en clara decadencia», piensa. Recuerda las insinuaciones de la panadera y se gira hacia el vencejo.

—Quizás un corte de pelo y un buen rasurado me habrían venido bien, ¿no crees?

El animal ni se inmuta, está como embelesado por la bolsa que descansa en el salpicadero. La coge con ambas manos y el pájaro suelta un par de graznidos. Cuando la abre, todo el coche se impregna del aroma a anís. Cierra los ojos y de nuevo la fragancia lo lleva a los rincones de su memoria, igual que hace unos minutos al entrar en la panadería. Claro que ese olor le recuerda a ella. Es el mismo que llenaba la ferretería de la plaza de Lavapiés, un ocho de septiembre, hace veinte años. Había entrado para comprar una jaula y se encontró con una bandeja llena de rosquillas sobre el mostrador. Las mismas rosquillas. La dependienta le ofreció una. Tenía los ojos como dos olivas y la cara y los brazos llenos de pecas.

—Son rosquillas por la Virgen del Caño, hoy es su día —le explicó.

—Están muy buenas, saben a anís.

Ella sonrió y las pecas se multiplicaron. La mujer trajo una escalera del fondo de la tienda y la apoyó sobre una

estantería repleta de cajas. Subió con cuidado hasta el último estante, donde había una fila de pajareras.

—¿De qué tamaño la quieres? —preguntó.

Pero él se había perdido en los movimientos de la chica, en el espacio entre sus tobillos desnudos y el borde de la bata azul que, al ascender, se había abierto justo donde sus rodillas ponían límite a sus muslos. Ella lo miró desde lo alto.

—¡Eh! Aquí arriba. ¿Es para un pájaro o para varios?

—Pequeña, estoy solo, para uno solo, quiero decir. Un jilguero.

—Toma, una un poco más grande, por si le buscas compañía. Es una pena que esté tan solo. Y llévale una rosquilla. Si le gustan, dile de parte de Aurora que hoy a las ocho, cuando cierre, puedo darle las que sobren.

—Hecho. Por cierto, no me suena la Virgen del Caño. ¿De dónde eres?

La dependienta metió en un paquete una jaula circular con la base de plástico encarnado. Respondió a su pregunta con el cambio y una sonrisa en el rostro pecoso. Aquella fue la primera vez que vio a su mujer. Y también la primera, de las muchas que vendrían después, que ella evitó hablar sobre su pasado.

Se recuesta contra el asiento del coche y mete la mano en la bolsa. Abre los ojos, sorprendido. Esa panadera desagradable solo ha metido una rosquilla. «No me moriré de empacho», se lamenta. Coge el dulce y lo muerde con cuidado para no mancharse con el azúcar en polvo que recubre la superficie. Aún está saboreando la miga dulzona cuando alguien golpea la ventana del copiloto. Es un hombrecillo menudo, con bigote y pelo ralo, que le observa tras unas gruesas gafas de culo de vaso. A su lado, un niño de mofletes redondos y sonrojados se inclina hacia delante para mirar a través de los cristales. Sostiene una

caja entre las manos diminutas. Sancho mete el dulce mordido en la bolsa y baja del coche.

—Buenos días, ¿es usted el nuevo maestro? —dice el hombre.

No puede evitar acordarse de Rompetechos, el personaje de los tebeos de Ibañez. Pese a lo caluroso del día, el hombre se ha calzado una corbata y una chaqueta de traje azul marino, que no llega a encajar del todo con el pantalón, algo más claro, como si hubiese pasado por muchos más lavados. Y el niño es una réplica aún más pequeña del que supone será su padre. Se balancea nervioso y puede ver las gotitas de sudor que le bajan por la frente, desde la línea de pelo aplastado con gomina.

—Buenos días. Sí, soy Sancho Mellado. Acabo de llegar, estoy buscando la casa que me ha dejado el ayuntamiento.

—Encantado. Soy Andrés Hernández, alcalde de Villanúñez. Hemos hablado por teléfono. Le estábamos esperando.

El tipo le aprieta la mano con un gesto firme y sonrisa protocolaria. Sancho se agacha y le tiende la palma al crío. El pequeño le devuelve el saludo con unos dedos temblorosos y, al hacerlo, la caja que lleva como una ofrenda se le cae al suelo. La tapa sale despedida y unas llaves de hierro macizas rebotan contra el pavimento. El alcalde lanza un grito de sorpresa y corre a recoger el manojo, pero Sancho se adelanta. Sonríe al chaval, que se ha quedado rígido.

—No te preocupes, ha sido culpa mía. ¿Cómo te llamas? —le pregunta.

El niño se afloja el nudo de la corbata que lleva apretada al cuello, sin responder. Tiene los carrillos tan colorados y brillantes por el sudor que Sancho teme que le dé una lipotimia, y más con el bochorno que parece salir de las mismas piedras de la plaza.

—Hijo, don Sancho te ha hecho una pregunta —dice el alcalde.

—Me llamo Andrés Hernández, don Sancho.

—No, por favor, no me llaméis «don», con Sancho es suficiente.

Se gira hacia el hombrecillo, que no parece muy contento con la corrección. Siente otra vez la mirada de rayo láser cuando los ojos del alcalde se detienen más de lo que le gustaría en la longitud de su melena. Maldita sea ese corte de pelo a tiempo.

—Muchas gracias por la bienvenida. Ya me encargo yo del resto —les dice.

—Por favor, don Sancho, le acompañamos y le enseñamos la casa, ¡faltaba más! Deme las llaves.

Lo imaginaba. Sancho coge la jaula del vencejo y sigue al alcalde, que ha recuperado su pose institucional y empuja a su hijo bajo los soportales, por donde se cuela una agradable corriente de aire fresco. Espera paciente a que el hombre consiga abrir el portalón de madera y se pregunta cuántos años tendrá. Se vuelve hacia el crío, que se ha quedado como embobado mirando al pájaro.

—¿Cuántos años tienes, Andrés?

—Diez, para once, en diciembre.

—A ver cómo andamos de matemáticas. Si yo nací en mil novecientos treinta y dos, ¿cuántos años te saco?

El chaval se afloja otra vez la corbata. Baja la vista e intenta que no le vea contar con los dedos. El alcalde abre por fin la cerradura, pero espera a que su hijo responda. Parece igual de nervioso.

—¿Cuarenta y tres?

—Por una, tengo cincuenta y cinco, más mayor que tu padre seguro.

—Pues sí, tengo cuarenta y uno. Ya ve la falta que hace un buen maestro por aquí.

El alcalde empuja al niño dentro con una colleja y luego lo invita a pasar. Cuarenta y un años, quién lo diría. Pero sí, más joven de lo que pensaba, y más con la cara de Rompetechos que tiene el hombre. Entran en el zaguán. El interior de la casa huele a humedad y a productos de limpieza. Caminan por el suelo de loza hasta una imponente escalera de roble. Está algo ladeada, quizás por los años, pero conserva el lustre de un buen barniz. La barandilla se curva un par de veces y por el hueco se filtran los rayos de sol desde un tragaluz. El crujido de los peldaños asusta al vencejo. Le susurra un «tranquilo» entre los barrotes y el niño se vuelve un par de veces, como si vigilase que el pobre pajarillo estuviese bien. La escalera desemboca en otra puerta tallada en el primer piso. Cuando el alcalde la abre y los tres cruzan el umbral, Sancho se da cuenta de que esa casa, o más bien ese palacio, va a ser demasiado para él. Las paredes se pierden en unos techos altos, tan elegantes como los muebles de madera noble y las lámparas de araña. Incluso puede ver, colgado sobre la consola del recibidor, un cuadro de terciopelo rojo con dos blasones de bronce.

—Pase, pase, no se quede ahí esperando —dice el alcalde.

Los sigue hasta el salón y, como si lo tuviesen ensayado, padre e hijo enrollan a la vez las persianas de los balcones que dan a la plaza. El sol ilumina dos retratos de santos y un gigantesco mueble bar. Al lado hay un par de sofás bien tapizados y una camilla con un teléfono. El hueco que queda en la sala lo ocupa una mesa de comedor y, encima, un jarrón con lavanda fresca. No ve ni una pelusa, ni una mota de polvo. Apoya la jaula en la tarima, con miedo a manchar o romper algo. Su piso de Madrid entra en el espacio que ya ha visto de la casona.

—Hemos preparado todo para que esté perfecto. No sabe la ilusión que nos hace tener un nuevo maestro, ¡y encima de Madrid!

—Muchísimas gracias, no se tenían que haber molestado tanto. Para mí esto es una mansión.

—Y lo es. Un antiguo palacete de la familia más rica del pueblo.

—¿No viven aquí?

—Solo queda don Jacinto, pero es el párroco de Villanúñez y se apaña con la Casa del Cura. Así que nos dejó esta para usted. El domingo se lo presento en misa. Un gran hombre, muy generoso. ¿Sabe?, no ha sido fácil mantener la escuela abierta. Cuando nos llegó de la Junta su solicitud de traslado, nos vino como agua de mayo. No hay mucha gente que quiera mudarse a un pueblo. Aquí solo hay tierras, ovejas e iglesias. Decía mi padre que de la tierra viven pocos, de las ovejas se malvive y a la iglesia, solo a morir. En fin, cosas de viejos. Queríamos poner facilidades para que los niños no tuviesen que ir todos los días en el coche de línea hasta el colegio de Halconar. Con la tontería, son veinte kilómetros, ¿verdad, Andresito?

El crío no responde. Se ha sentado en el suelo y trata de llamar la atención del vencejo con un regaliz rojo. «¿De dónde lo habrá sacado?», se pregunta Sancho, pero no le da tiempo a explicar al chaval la dieta de ese tipo de aves. El alcalde lo agarra por el codo y lo arrastra primero a la cocina y luego al baño, mientras cuenta cómo funcionan la caldera de carbón y los electrodomésticos. Rompetechos tiene palique para rato. No se le escapa que, entre las indicaciones del uso de los fogones y presumir del perfecto alicatado del baño, el alcalde utiliza el plural un par de veces, como si esperase a más gente; igual que la panadera. Vuelven al salón. Andresito sigue sentado junto a la jaula. Busca alguna manera de librarse por fin de ambos. Le pesan tanto los kilómetros como los plurales.

—Pues muchas gracias por el recibimiento y por esta mansión. Me va a sobrar mucho espacio.

—Cuando venga su familia, seguro que ya se queda más pequeña. ¿Cuándo llegan, por cierto?

—No va a venir nadie más.

—¿No está casado?

El vencejo suelta un graznido. El crío se levanta de un salto. Ha dejado caer el regaliz y el pájaro golpea las alas contra el fondo de plástico rojo, asustado.

—Lo siento mucho —dice Andresito.

—No te preocupes, solo está cansado del viaje. Muchas gracias de nuevo por todo. Y a ti, te veo el lunes en clase.

Revuelve el pelo engominado del crío y tiende una mano a su padre. Espera que pille la indirecta, pero el alcalde no se mueve. Se frota las palmas contra el pantalón, como si estuviese de pronto nervioso, y desliza la mirada de su hijo a la jaula y de la jaula a Sancho. Por fin reacciona, le devuelve el gesto y recupera el aire institucional.

—Le dejamos instalarse. Cualquier cosa, suelo estar en el ayuntamiento, aunque Villanúñez es pequeño, seguro que nos vemos a menudo. Aquí nos conocemos todos.

La casa se queda muda cuando ambos se marchan. Sancho se acerca a la jaula y acaricia al pájaro entre los barrotes. Una brisa caliente se cuela por los ventanales y el olor del ramo de lavanda recorre por unos segundos toda la estancia. Sale al balcón y se apoya en la barandilla metálica, con cuidado de no mancharse de óxido la camisa. La vista no puede ser más diferente a la que tiene en su piso de Lavapiés. Desde su terraza, el mar de edificios parece no acabar nunca. Ni el ruido de los coches, las voces de sus vecinos y el gorjeo maravilloso de los pájaros que ha criado allí, una pasión que guarda desde niño. Jilgueros, canarios, periquitos… Todos regalados antes de dejar esa vida, la que ha abandonado al cruzar la señal de *stop* en el puente. Ahora su única compañía es el vencejo. Lleva

con él desde una mañana lluviosa de abril, hace seis años, cuando el pobre animal se golpeó con la antena de televisión y cayó a plomo en la terraza. Era casi un polluelo. Lo recogió con cuidado, le curó un ala rota y lo metió en la pajarera, sin cerrar la puerta, para que saliese una vez recuperado. El pájaro jamás abandonó los barrotes. Dejó la jaula abierta hasta hace un par de años, cuando Aurora empezó a hablar con el animal. El alzhéimer ya había hecho mella en su cerebro, pero, mientras la escuchaba, aún conseguía distinguir a su mujer, su antigua lucidez y sus risas. Incluso los silencios que tanto habían marcado su matrimonio. Y entonces cerró los barrotes por miedo a que el pájaro huyese al fin y aquello le arrebatase los breves momentos en los que Aurora todavía era Aurora.

Ocho meses después de su muerte, Sancho observa un horizonte desconocido para él, un nuevo paisaje que ha elegido, que necesitaba elegir para seguir adelante. Los tejados infinitos se han convertido en una pequeña isla entre los campos de cereal, que se extienden hasta la línea del cielo. Los han debido segar hace semanas, porque atisba unos montículos enormes de paja, como barcos inmóviles anclados en la inmensidad de ese mar hecho de tierra. Apenas se escucha más que el sonido lejano de algún tractor, el agua de la fuente y el piar de los gorriones. Se inclina sobre la baranda hasta que su mentón toca la superficie de hierro. Unas voces le llegan con el aire bochornoso. Levanta con pesadumbre la cabeza y ve a tres ancianas que conversan sentadas en un banco. La del medio se cubre los hombros con una toquilla, y sujeta sobre su regazo un ovillo de lana del que las otras sacan hebras que engarzan con sendas agujas de punto. Se queda embelesado con el movimiento de las viejas, hasta que el sonido de una melodía desvía su atención al espacio que se abre bajo sus pies. Una mujer morena, con el pelo recogido en un moño

despeinado, coloca la terraza del bar. La ve saludar a sus paisanas con desparpajo, al son de lo que tararea. Cuando acaba, se sacude el escote de la camisa blanca y alza la vista hacia el balcón. Le sonríe, pero antes de que pueda devolverle el gesto, la mujer desaparece bajo los soportales.